



DOS PALABRAS

Lector:

En las presentes páginas vas a encontrar una cosa extraordinaria, fuertemente extraordinaria: el alma indoblegable de un hombre que sufrió y padeció rigores infinitos, crueles, locos e injustos de la infamia poderosa; vas a encontrar, lector, el pensamiento vibrante, flagelante, redentor y sano de un hombre cuyo verbo esplendió de cólera al saber que la inclemencia de los viles, de los poderosos descastados, de los cerdos estupidizados por el oro y por la hartanza del Poder, extremó siempre, ¡siempre! el anhelo de matar por matar, la furia de hacer daños a los míseros, la vesania de herir tan sólo por herir, la rabia inicua de acuchillar la existencia de cuantos sufren y producen, de cuantos tienen la desdicha de caminar por los senderos espinosos del dolor humano, del dolor que grita intensamente la amargura de sus penas eternas.

Vas a encontrar, lector amigo, una cosa extraordinaria: la vida, la peregrinación mejor dicho, de un hombre que, sediento de mirar libres a los pueblos y a los seres todos de la tierra, encumbró siempre su espíritu inmortal y fuerte para combatir sin miedo a los Gobiernos tiranos —inhumanos, hipócritas o moderados—, a los tiranos inciviles que dondequiera asesinan la libertad de pensamiento, que a todas horas ensangrientan su conciencia, que día por día elaboran para su provecho un criterio inmundo, que reciben

mil fuetazos de las iras del pueblo y que, de mendigos del conglomerado humano, suelen transformarse en césares de la desvergüenza política, en soberbios mandatarios de multitudes serviles, en bandidos del Poder, del militarismo, de la clerigalla, de la Banca, de la mal llamada Justicia y de las leyes, porque con éstos corrompen más la ceguera perversa, compran la rapiña de la miseria social y se labran un patriotismo tan exageradamente vil y horrible que con él desgarran la felicidad del pueblo anheloso de libertades, encarcelan la energía de los pensadores rebeldes, decapitan la cerebración jamás arrastrada ni vendida, aplican la ley fuga al desdichado que pide a la civilización, a la humanidad y al mundo un átomo, tan sólo un átomo de justicia, enjuician y condenan sin clemencia al hombre que clama por el imperio siquiera momentáneo de la razón, desangran a cuantos piden honradez en los zánganos que viven de las ubres lechosas del Estado, y fusilan —traidoramente por supuesto— a los titanes que, como Flores Magón, cantan firme y claro la satisfacción de acabar luego, ¡pero luego! con la abyección de los miembros sifilíticos de la sociedad contemporánea.

Vas a leer también, lector amigo, cómo murió un hombre bueno, sincero, mil veces perseguido, calumniado, martirizado por los desgraciados y mercantilistas descendientes de Jorge Wáshington, por los búfalos que no tienen vergüenza de exhibir la estatua de la Libertad donada por un pueblo rebelde a veces y a veces bravo e intelectual; vas a leer, igualmente, que el delito de Ricardo Flores Magón fue siempre el de amar al pueblo, a sus hermanos, al proletariado universal, a todos los que sufren, y murió asesinado por la coligación de las tiranías con decretos de la insensatez fanática, con el puñal político del miedo norteamericano.

En fin, vas a leer, amable lector, la vida redentora, luminosa y gráfica de un hombre todo alma, todo corazón pujante, que siempre supo amedrentar a los tiranos, a los

enemigos de todo bien público, a los bandoleros de la paz del universo, porque su verbo de combate era el verbo del proletariado; y su lema, escrito con fuego de purificación en su conciencia, era éste que debes amar, que debes legar a tus descendientes, que debes difundir cuanto más puedas porque es bueno, es noble y siempre será exaltado: "PARA TODOS PAN, PARA TODOS TIERRA, PARA TODOS LIBERTAD".

Juzga y medita, lector amable.

JOSÉ LÓPEZ-DÓÑEZ

México, D. F., 1923.